

Orígenes de las lenguas indoeuropeas

Colin Renfrew

Diciembre de 1989

7

Casi todas las lenguas indoeuropeas pertenecen a la misma familia. El autor sostiene que se difundieron, no por medio de conquistas, como se había pensado, sino con la pacífica propagación de la agricultura

Una de las cuestiones más debatidas en todo el ámbito de la arqueología y de la prehistoria es la de cómo explicar las notorias relaciones que vinculan entre sí a casi todas las lenguas europeas, muchas de las que se hablan en la India y en el Pakistán y algunas de los territorios intermedios. Hace ya más de dos siglos que se sabe que todos los idiomas indoeuropeos están emparentados. Pero, ¿qué proceso prehistórico subyace a este parentesco? ¿Cómo llegaron a hablarse en un área tan extensa lenguas afines? ¿Qué implicaciones tiene su distribución para la prehistoria y la historia europeas? (Téngase también presente que, a resultas de la expansión colonial que se produjo desde el s. xvi hasta el xix, las lenguas indoeuropeas son habladas por más gentes que las de cualquier otro grupo de lenguas.)

La opinión tradicional acerca de la difusión de las lenguas indoeuropeas sostiene que, hacia los comienzos de la edad del Bronce, las hordas de jinetes nómadas que habitaban al norte del mar Negro, en lo que hoy es la Rusia occidental, hablarían un idioma primitivo, antepasado de todos los restantes. A medida que aquellos guerreros fueran expandiéndose por más y más tierras en sus cabalgadas, irían sometiendo a las poblaciones indígenas e imponiéndoles su propio lenguaje protoindoeuropeo, el cual, con el transcurso de los siglos, se transformaría en cada

región en las lenguas indoeuropeas que actualmente conocemos.

Sin embargo, en los últimos años, muchos estudiosos, particularmente entre los arqueólogos, se han venido mostrando insatisfechos con la explicación tradicional. Por mi parte, he analizado los argumentos que la respaldan y no me parecen convincentes. En este artículo expongo una interpretación distinta, basada en nuevas concepciones acerca del modo de producirse los cambios culturales. Según esta nueva opinión, las lenguas indoeuropeas no necesitaron, para difundirse, ninguna conquista. Por el contrario, lo más probable es que fuese la suya una difusión pacífica, concomitante con la expansión de la agricultura desde sus focos originarios en Anatolia y en el próximo Oriente. Esta solución que proponemos, tan distinta de la comúnmente aceptada, tiene profundas implicaciones para la prehistoria europea y para los estudios de las lenguas indoeuropeas.

El problema de los orígenes del indoeuropeo no se empieza a plantear desde bases arqueológicas, sino desde un punto de vista lingüístico. Cuando los lingüistas examinan las lenguas europeas, no tardan en percatarse de que están relacionadas entre sí. Hay evidentes conexiones en el vocabulario, en la gramática y en la fonología (o reglas de pronunciación). Para ilustrar las afinidades léxicas basta comparar los vocablos con que se designan los números, del 1 al 10, en varias lenguas indoeuropeas [véase la figura 3]. Tal comparación pone en claro que existen notables semejanzas entre muchas lenguas de Europa y también con el sánscrito, el idioma de los primeros textos literarios de la India, mientras que lenguas como la china o la japonesa no pertenecen a la misma familia.

Comparaciones más detalladas permiten a los lingüistas subdividir ulteriormente, por familias, las lenguas europeas. La primera familia que se diferenció, la de los idiomas romances —formada por todos aquellos que se sabe que descienden del latín—, abarca el francés, el italiano, el español, el



1. ÇATAL HÜYÜK es el sitio de un primitivo poblado agrícola que se halla en la moderna Turquía,

COLIN RENFREW es profesor en la cátedra Disney de arqueología, de la Universidad de Cambridge, y director del Jesus College del mismo centro superior. Ha encabezado varias campañas de excavación en Grecia y en las Islas Británicas. Ha publicado, sobre el tema aquí desarrollado, *Archaeology and Language: The Puzzle of Indo-European Origins*, en la Cambridge University Press (1988).

portugués y el rumano. La familia de idiomas eslavos incluye el ruso, el polaco, el checo, el eslovaco, el serbo-croata y el búlgaro. En la familia germánica se numeran el alemán, el noruego, el danés y el sueco. Estas familias, que agrupan las lenguas más afines, pueden a su vez englobarse en la familia idiomática indoeuropea, más amplia. Sólo unos pocos idiomas europeos (por ejemplo, el húngaro, el finés y el vasco) quedan excluidos de esta familia.

¿Cómo se llegó a configurar y a establecer este complejo esquema? Tomando ante todo como modelo las lenguas romances. Aun a quien ignorase el latín, las profundas similitudes que se dan entre las lenguas romances no podrían menos de sugerirle naturalmente que todas esas lenguas descendían de un antepasado común. Suponiendo que las características que esas lenguas compartían las habían heredado de su mismo progenitor (mientras que las divergencias surgirían luego, en el proceso de su separación), habría

sido posible reconstruir muchos de los rasgos característicos del proto-lenguaje originario. De manera similar, se vio que se podían estudiar las ramas de la familia indoeuropea y reconstruir un hipotético árbol genealógico que se remontaba hasta un ascendiente común: el idioma proto-indoeuropeo.

Este es el enfoque del árbol genealógico, cuyo propugnador fue, allá por los primeros años 1860, el filólogo alemán August Schleicher, enfoque que la mayoría de los lingüistas históricos consideran aún válido para explicar el desarrollo de las familias de lenguas. El proceso básico representado por el modelo dendriforme es de divergencia: al irse separando unas de otras, las lenguas se van diferenciando cada vez más, y los dialectos también se van diversificando hasta convertirse en idiomas distintos.

Ahora bien, la tendencia a divergir no es, ni mucho menos, la única posible en la evolución del lenguaje. Sólo un decenio después de que Schleicher propusiese su hipótesis del árbol, otro lin-

güista alemán, Johannes Schmidt, introdujo el modelo de la "ola", a tenor del cual los cambios lingüísticos se expandirían como oleadas, para acabar después convergiendo —esto es, produciendo semejanzas entre lenguas que inicialmente diferían por completo entre sí. En 1939 el lingüista soviético N. S. Trubetskoy llegó a sugerir que los parecidos entre las lenguas indoeuropeas podrían haberse ido formando de este modo. Actualmente, empero, la mayoría de los lingüistas rechaza la sugerencia de Trubetskoy y piensa preferentemente en términos de árboles genealógicos de las lenguas.

Aunque el punto de partida del problema de los orígenes indoeuropeos pueda ser lingüístico, su solución depende sin duda de la arqueología, que ofrece el medio de comprobar las hipótesis lingüísticas. Los arqueólogos empezaron a ocuparse de esta cuestión a comienzos de nuestro siglo. Por entonces se conocía cada vez mejor la arqueología de romanos, griegos y celtas



en el centro de la altiplanicie de Anatolia. La agricultura se originó aquí y en otros lugares cercanos allá por el año 7000 a.J.C.; no mucho después em-

pezó a difundirse hacia el norte, por Europa. El autor sostiene que la forma prototípica del lenguaje indoeuropeo se difundió junto con la agricultura.

hasta frisar en los inicios del período histórico, más o menos alrededor del primer milenio a.J.C. Por otra parte, los hallazgos arqueológicos parecían muy prometedores para profundizar en el conocimiento de la prehistoria, permitiendo remontarse ya hasta el Paleolítico (la edad de Piedra más antigua) en la mayoría de las regiones de Europa. Se empezó a considerar la posibilidad de que, a partir de esos nuevos datos, lograran rastrearse los orígenes de las culturas de los pueblos que hablan las lenguas europeas.

En aquella temprana época de la arqueología se daba por supuesto que los cambios culturales de mayor importancia se producían a resultas de las migraciones de pueblos o de tribus enteras. Y se creía que las rutas migratorias podían seguirse examinando las características de las armas, los utensilios y los restos cerámicos que los emigrantes habían ido dejando por el camino. También se suponía que un determi-

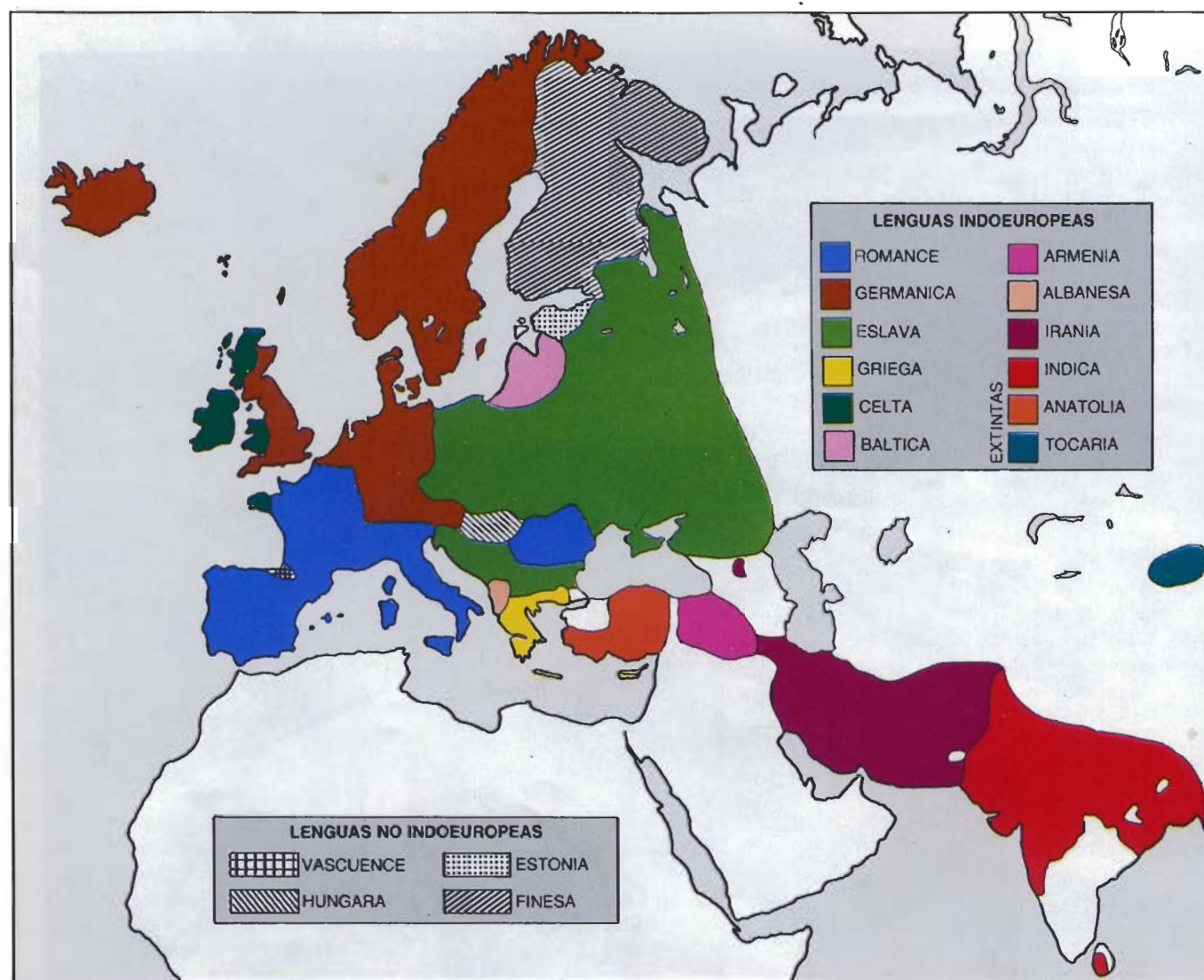
nado conjunto de artefactos —lo que los arqueólogos llaman una “cultura”— podía servir para documentar la antigua presencia de determinada tribu de un pueblo con su lenguaje propio. De esta manera, los movimientos de las tribus, a medida que eran rastreados y registrados por los arqueólogos, vendrían a explicar la dispersión de las lenguas indoeuropeas más arcaicas. La cuestión se reducía, entonces, a encontrar el “terruño” originario de los indoeuropeos e ir siguiendo sus dispersiones desde él, guiándose por los restos arqueológicos de sus culturas.

Pero a la hora de buscar aquel terruño patrio surgieron las controversias, y la discusión al respecto no siempre ha sido puramente académica. La mayoría de los especialistas alemanes de nuestro siglo se han inclinado a situar la cuna del indoeuropeo en el norte de Europa. Los nazis aprovecharon algunos de sus trabajos en su esfuerzo por demostrar que el lenguaje indoeuropeo

originario había sido hablado en Alemania por la dominadora raza “aria”.

Al mismo tiempo, los nazis asociaron las lenguas semíticas, que forman un grupo diferente, a una raza que ellos consideraban inferior. De tan abusivo falseamiento de la lingüística y de la antropología provenían en parte los sordidos fundamentos ideológicos del Tercer Reich. No es de extrañar que, en los últimos años, los investigadores anduvieran con pies de plomo cuando se aventuraban por este campo de los orígenes de las lenguas, si es que se introducían siquiera por él.

Sin embargo, la idea de un hogar patrio del indoeuropeo no fue la que más influyó en los círculos especializados. En 1926, V. Gordon Childe, del Real Instituto Antropológico de Londres, publicó *The Aryans* [*Los arios*], libro en el que abogaba por una patria ancestral que habría existido en las estepas que se extienden al norte del mar



2. DISTRIBUCION DE LAS LENGUAS INDOEUROPEAS desde Islandia hasta la India. Casi todos los idiomas europeos forman parte de esta familia.

Entre las excepciones se hallan el finés y el húngaro, pertenecientes al grupo ugrofinés, y el vasco, que persiste todavía en un espléndido aislamiento.

Negro, en la actual Rusia, allá por los finales del período Neolítico y los comienzos de la edad del Bronce, época bien fijada ya en algunas partes de Europa hacia el año 3000 a.J.C.

El texto de Childe contenía argumentos arqueológicos y lingüísticos; estos últimos eran particularmente ingeniosos. Se inspiraban en el éxito con que los lingüistas habían logrado establecer un "núcleo" de vocabulario esencial que les era común a muchas lenguas indoeuropeas. Inferíase que ese núcleo había perdurado como una reliquia viva del lenguaje protoeuropeo que se habló en la primitiva patria. Palabras "nucleares" de plantas y animales se empleaban para obtener una representación del ambiente en el que vivieron los arcaicos hablantes de aquel idioma. Otras palabras proporcionaban un medio para datar la formación de tal protolenguaje. No había ninguna palabra nuclear para designar el hierro o el bronce, pero sí para el caballo y para la rueda. Por tanto, parecía que la dispersión de los indoeuropeos debió de iniciarse antes del comienzo de la edad del Bronce, pero con posterioridad a la domesticación del caballo y a la invención de los carros.

Childe pasaba luego a conectar estas ideas lingüísticas con los datos arqueológicos. Centraba especialmente la atención en las vasijas cordadas (un tipo de cerámica que se decoró mediante la impresión, con cuerdas, de la arcilla aún blanda), abundantes en sitios datados como de comienzos de la edad del Bronce. En la Europa del norte y del este abunda este tipo de cerámica —junto con hachas de combate de piedra— en unos túmulos terrosos, denominados "kurgans" en ruso, que servían de tumbas para los notables. Childe proponía que estos artefactos eran los restos materiales dejados por grupos de pastores nómadas que, armados y a caballo, emigraron desde su esteparia natal, situada al norte del mar Negro, al principio de la edad del Bronce. Fueron ellos, en suma, los indoeuropeos.

En los últimos años este argumento lo ha desarrollado con especial detalle Marija Gimbutas, de la Universidad de California en Los Angeles. Utilizando los datos y las descripciones a que recurriera Childe y reforzándolos con datos más recientes, Gimbutas ha reconstruido una serie de "invasiones kurganas" que habrían afluído hacia occidente desde los territorios al norte del mar Negro. Esta teoría ha encontrado amplia aceptación entre los lingüistas históricos. También han llegado a aceptarla muchos arqueólogos, y otros ar-

INGLES	GERMANICO ANTIGUO	LATIN	GRIEGO	SANSKRITO	JAPONES
ONE	AINS	UNUS	HEIS	EKAS	HIITOTSU
TWO	TWAI	DUO	DUO	DVA	FUTATSU
THREE	THRIJA	TRES	TREIS	TRYAS	MITTSU
FOUR	FIDWOR	QUATTUOR	TETTARES	CATVARAS	YOTTSU
FIVE	FIMF	QUINQUE	PENTE	PANCA	ITSUTSU
SIX	SAIHS	SEX	HEKS	SAT	MUTTSU
SEVEN	SIBUM	SEPTEM	HEPTA	SAPTA	NANATSU
EIGHT	AHTAU	OCTO	OKTO	ASTA	YATTSU
NINE	NIUN	NOVEM	ENNEA	NAVA	KOKONOTSU
TEN	TAIHUM	DECEM	DEKA	DASA	TO

3. VOCABLOS PARA DESIGNAR los números del 1 al 10. Evidencian las relaciones que hay entre las lenguas indoeuropeas y el carácter muy diferente del idioma japonés, que no forma parte de esta familia. Tales afinidades y semejanzas estimularon el interés por los orígenes de las lenguas indoeuropeas.

gumentos arqueológicos suelen ahora retocarse para que se ajusten a la hipótesis de la invasión kurgana. Pero, a mi entender, semejante historia no es convincente.

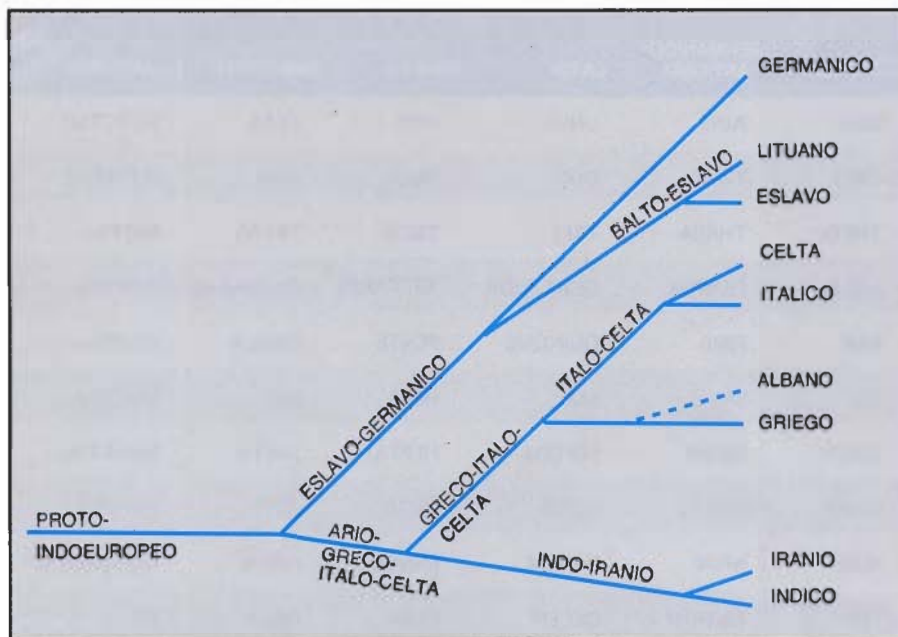
Mi razonamiento es bastante complejo. En primer lugar, la arqueología no es aquí concluyente: muchos arqueólogos consideran hoy los enterramientos con cerámica cordada como fenómenos esencialmente locales, en los que se sepultaban, junto a los miembros de las emergentes aristocracias locales, bienes valiosos. Y tampoco es un argumento sólido el de las palabras nucleares. Algunas de las llamadas así y con las que se designan plantas y animales podrían muy bien haber cambiado de significación con el transcurso del tiempo; en cualquier caso, no son necesariamente específicas de una determinada área geográfica. Y las palabras que dan pie para las dataciones son igualmente sospechosas. Robert Coleman, de la Universidad de Cambridge, ha cuestionado la idea de que las palabras para nombrar la rueda y el caballo formasen realmente parte de un "protoléxico" anterior a una dispersión general.

Quizá la principal objeción sea simplemente la falta de convicción que deja tras de sí todo el argumento. ¿Por qué razón hubieron de emigrar unas hordas de jinetes guerreros hacia occidente a finales del Neolítico, subyugando a los habitantes de Europa e imponiéndoles el lenguaje proto-indoeuropeo? ¿Qué desmesurado aumento de población en las estepas podría haber

provocado semejante invasión? Esa hipótesis, aunque de construcción elegante, no me resulta creíble.

El problema esencial es, a mi parecer, que no se ha atendido lo bastante a la cuestión de cómo pueda en realidad reflejarse un cambio de lenguas en los restos arqueológicos. Muchos de los argumentos tradicionales, como los arriba mentados, tienden a equiparar un determinado conjunto de útiles con la existencia de un grupo supuestamente bien definido; por ejemplo, una tribu. Sin embargo, los arqueólogos están cayendo ahora en la cuenta de que son ellos los que reconocen y definen las "culturas" arqueológicas y de que la equivalencia entre éstas y unas supuestas tribus es problemática. Más aún, la ulterior igualación entre un pueblo así definido y un determinado lenguaje o grupo lingüístico dista muchísimo de ser algo que se pueda proponer como evidente.

En mi opinión, debería evitarse el equiparar un determinado estilo de cerámica, tal como el de las vasijas cordadas, con la existencia de un pueblo o de un lenguaje particular. El análisis debería centrarse en procesos de cambios culturales. Habría que plantearse qué procesos demográficos, económicos y sociales podrían correlacionarse con los cambios lingüísticos. Una vez resuelta esta cuestión, será entonces legítimo preguntarse cómo se reflejan estos cambios en los restos arqueológicos. Pero antes de pasar al examen de los restos es preciso construir algu-



4. MODELO DENDRIFORME que representa los orígenes de las lenguas indoeuropeas como ramas divergentes a partir de una raíz común: el lenguaje proto-indoeuropeo. Este esquema fue ideado en los inicios de la década de los sesenta del siglo pasado por August Schleicher, promotor de tal enfoque.

nos modelos explícitos de interpretación del proceso de cambio del lenguaje de acuerdo con una concepción básicamente procesual.

Hay cuatro clases principales de modelos, que el espacio de que aquí dispongo sólo me permite tratar muy brevemente. El primer modelo es el del proceso de colonización inicial, por el que un territorio deshabitado se puebla; su idioma será, naturalmente, el de los colonizadores. El segundo modelo es el de los procesos de divergencia, tales como la divergencia lingüística que se deriva de la separación o del aislamiento de que hablé al referirme a los primeros modelos de lenguas indoeuropeas. El tercer grupo de modelos se basa en los procesos de convergencia lingüística. El modelo de la "ola", formulado por Schmidt en la década de los setenta del siglo pasado, es un ejemplo; pero, como ya señalé, los modelos de convergencia no han encontrado aceptación, generalmente, entre los lingüistas.

Ahora bien, además de estos procesos lentos y casi estáticos interviene otro factor: la sustitución lingüística. Este factor proporciona la base para otro cuarto tipo de modelos. En muchas zonas del mundo, las lenguas que hablaban las poblaciones indígenas se han ido sustituyendo, en todo o en parte, por las que hablan los nuevos pobladores llegados de otras zonas. De no ser por este importante factor de complicación, la historia lingüística mundial podría describirse fielmente conforme a la inicial distribución del *Homo sapiens sapiens*, seguida de gra-

duales procesos a largo plazo de divergencia y de convergencia.

A mi entender, la sustitución lingüística desempeña un papel clave en la explicación de los orígenes de las lenguas indoeuropeas. Los hallazgos arqueológicos indican que Europa ha estado siempre poblada, desde la misma edad de la Piedra arcaica. Por tanto, no es probable que la hipótesis de la colonización inicial tenga mucho de certera. En cuanto a la de la simple divergencia, parece improbable que pueda explicar la intrincada trama de relaciones que se observa entre las lenguas europeas. La hipótesis de que la unidad era el resultado de un proceso de convergencia, esbozada por Trubetsky, ha sido ampliamente rechazada. Parece, pues, que se impone necesariamente, casi por exclusión, un modelo basado en el reemplazo lingüístico. El modelo "invasión kurgana" entra también dentro de esta categoría; mas, como ya dijimos, no acaba de ser convincente. ¿Qué alternativas quedan?

Una lengua podría reemplazar a otra, en una determinada región, de varios modos distintos. El primero incluye ante todo procesos demográficos y económicos. La población que habita en una región suele tener generalmente una economía de subsistencia bien establecida. Tanto si está basada en la caza y la recolección eventual, como si cuenta ya con asentamientos agrícolas, tal economía habrá empezado a aproximarse a un adecuado "nivel de sostenimiento". Si un grupo de recién llegados trata de establecerse en

dicha región por medios pacíficos, deberá poseer unas técnicas que le capaciten para explotar un nicho ecológico diferente o para competir con éxito en el ya ocupado. Sólo en estos casos logrará la población advenediza expandirse lo bastante como para que su lengua empiece a predominar.

También son posibles otras formas de sustitución. Cuando el grupo inmigrante está bien organizado y en posesión de superiores técnicas militares, puede imponerse al sistema social existente y dominar por la fuerza de las armas. En tales casos, la nueva élite dominante puede imponer su propio idioma. Pero ese dominio por una élite requiere que se cumplan varias condiciones previas. Una es la posesión de una tecnología militar superior. Otra, que los dos órdenes sociales —el de los indígenas y el de los ocupantes— tengan un alto grado de organización. El grupo llegado habrá de estar organizado para ejercer el dominio; la sociedad indígena habrá de estar muy organizada si, ya sometida, ha de perdurar.

Las invasiones kurganas serían un buen ejemplo del modelo de dominio por una élite si se pudiese probar que cumplieron esos requisitos. Mas esto no es probable. La presunta superioridad militar de los guerreros kurganos (el hecho de que fuesen jinetes) pertenece al ámbito de la suposición, pues no está nada claro que por aquella época existiese la caballería como arma. Por otra parte, todavía está por demostrar que los presuntos invasores o los habitantes de Europa hubiesen adquirido un alto grado de organización antes del comienzo de la edad del Bronce y hubieran experimentado semejante proceso. Lo probable es, más bien, que sólo con la edad del Bronce se produjera aquella pronunciada estratificación social; en el precedente período, el del Neolítico, es probable que las sociedades fuesen bastante igualitarias.

Mencionaré, al menos de pasada, otras dos formas de reemplazamiento. Cuando una sociedad muy centralizada se viene abajo, los pueblos vecinos a los que hasta entonces había mantenido a raya en sus fronteras, sujetos a control, se aprovechan de la ventaja que les reporta el vacío de poder central e invaden el territorio, como lo hicieron los "bárbaros" a la caída del Imperio romano. En los casos de hundimiento de un sistema así, la lengua de los "bárbaros" invasores puede llegar a suplantarse a la del centro imperial.

En cambio, cuando en una sociedad igualitaria se trafica a largas distancias, es frecuente que se desarrolle un len-

guaje comercial, una "lengua franca". El habla macarrónica (versión simplificada de un lenguaje originada por quienes lo hablaban fuera del territorio del mismo) constituye un buen ejemplo. Cuando la lengua franca empieza a emplearse como lengua materna por algunos nativos, se convierte en idioma criollo; y a la criollización, que no es sino un tipo de sustitución, se la considera en la actualidad un aspecto importante del desarrollo lingüístico.

Si aplicamos estas formas del reemplazamiento lingüístico —cambio demográfico, dominio de una élite, hundimiento del sistema y lengua franca— a la historia y a la prehistoria europeas, nos habremos acercado mucho a nuestra meta. El dominio elitista y la ruina del sistema requieren ambos un grado de organización social que probablemente faltaba antes de la edad del Bronce. Tampoco es probable que antes de esta época hubiese en Europa algún sistema comercial lo bastante intenso como para favorecer el desarrollo de una lengua franca. Esto nos deja con sólo los modelos demográfico y de subsistencia. En una visión panorámica de la prehistoria europea se destaca un

evento de tan universal alcance y de efectos tan radicales que se nos impone como el candidato ideal, episodio que encaja perfectamente en la categoría de la subsistencia: el desarrollo de la agricultura.

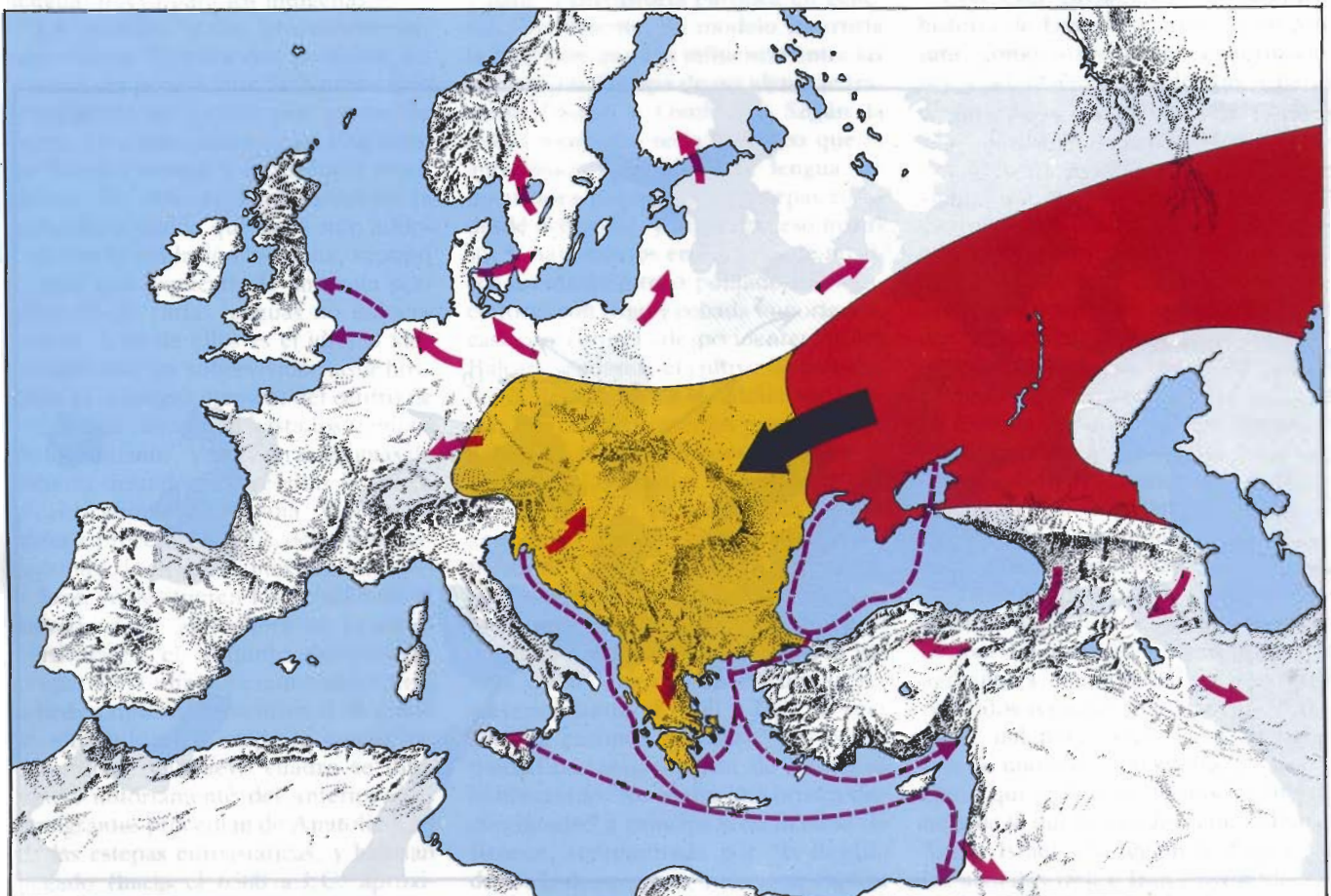
En el séptimo milenio a.J.C. empezó a difundirse por Europa una nueva economía, agrícola, basada en el cultivo del trigo y de la cebada y en el pastoreo de ovejas y cabras. Estas especies, que no medraban en Europa, fueron importadas. Si se estudia su ascendencia por Europa hasta llegar a la región más cercana donde sus prototipos se desarrollaban en estado silvestre, llegamos a la Anatolia central, que hoy forma parte de Turquía. Parece ser que la domesticación de estas especies tuvo lugar casi simultáneamente en varias regiones vecinas del próximo Oriente, pero la Anatolia es aquí la más relevante porque, desde allí, las especies recién domesticadas pasaron a Europa.

¿Qué supuso, hablando en términos demográficos, esta difusión de la agricultura? Albert J. Ammerman y Luca L. Cavalli-Sforza, de la Universidad de

Stanford, han ofrecido una elegante respuesta: un modelo que denominan "ola en avance". Su modelo presupone que la economía agrícola fue transmitida por los movimientos locales de los campesinos y de sus progenies.

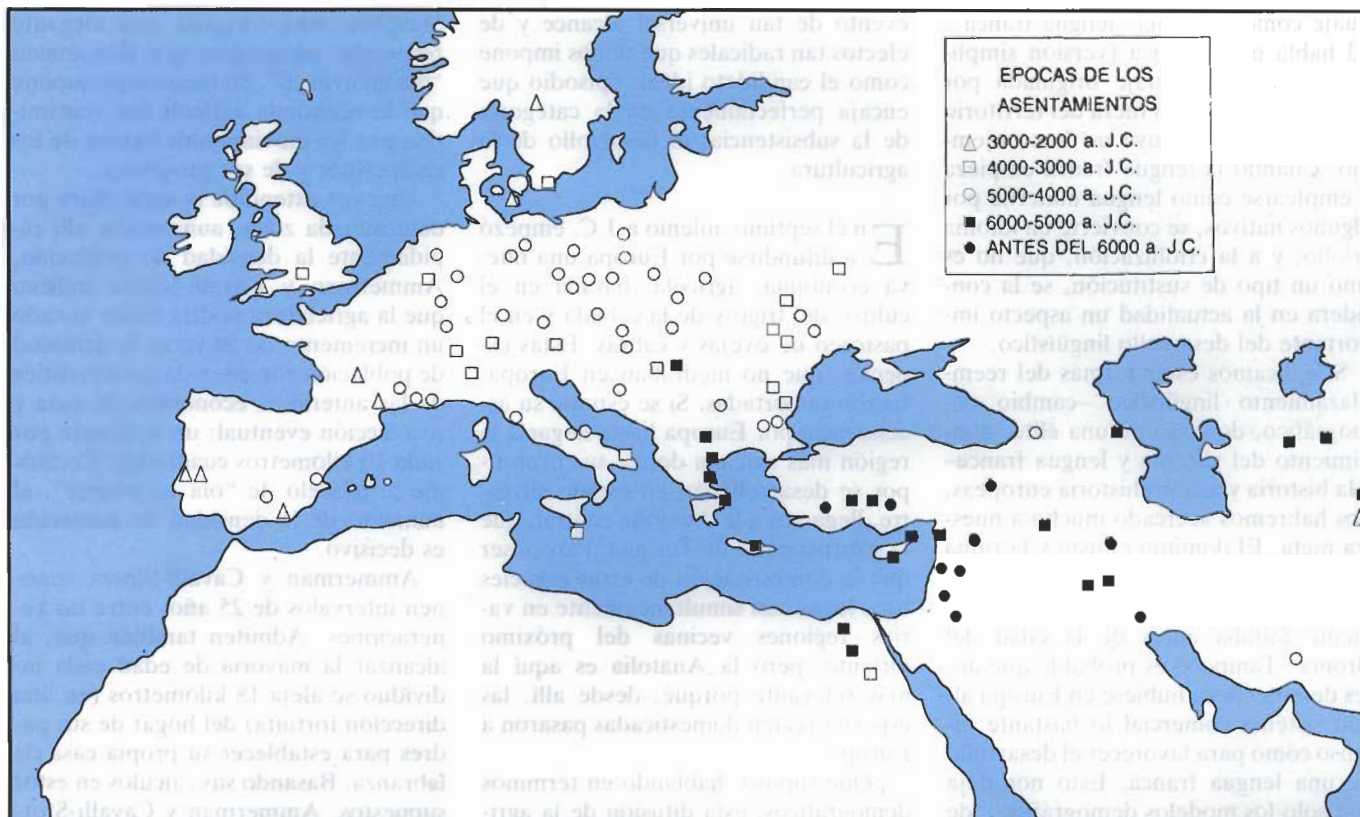
Una vez extendida la agricultura por determinada zona, aumentaría allí rápidamente la densidad de población. Ammerman y Cavalli-Sforza indican que la agricultura podría haber instado un incremento de 50 veces la densidad de población considerada característica de las anteriores economías de caza y recolección eventual: un habitante por cada 10 kilómetros cuadrados. Conforme al modelo de "ola en avance", el aumento de la densidad de población es decisivo.

Ammerman y Cavalli-Sforza suponen intervalos de 25 años entre las generaciones. Admiten también que, al alcanzar la mayoría de edad cada individuo se aleja 18 kilómetros (en una dirección fortuita) del hogar de sus padres para establecer su propia casa de labranza. Basando sus cálculos en estos supuestos, Ammerman y Cavalli-Sforza señalan que la agricultura podría haberse extendido por Europa como una



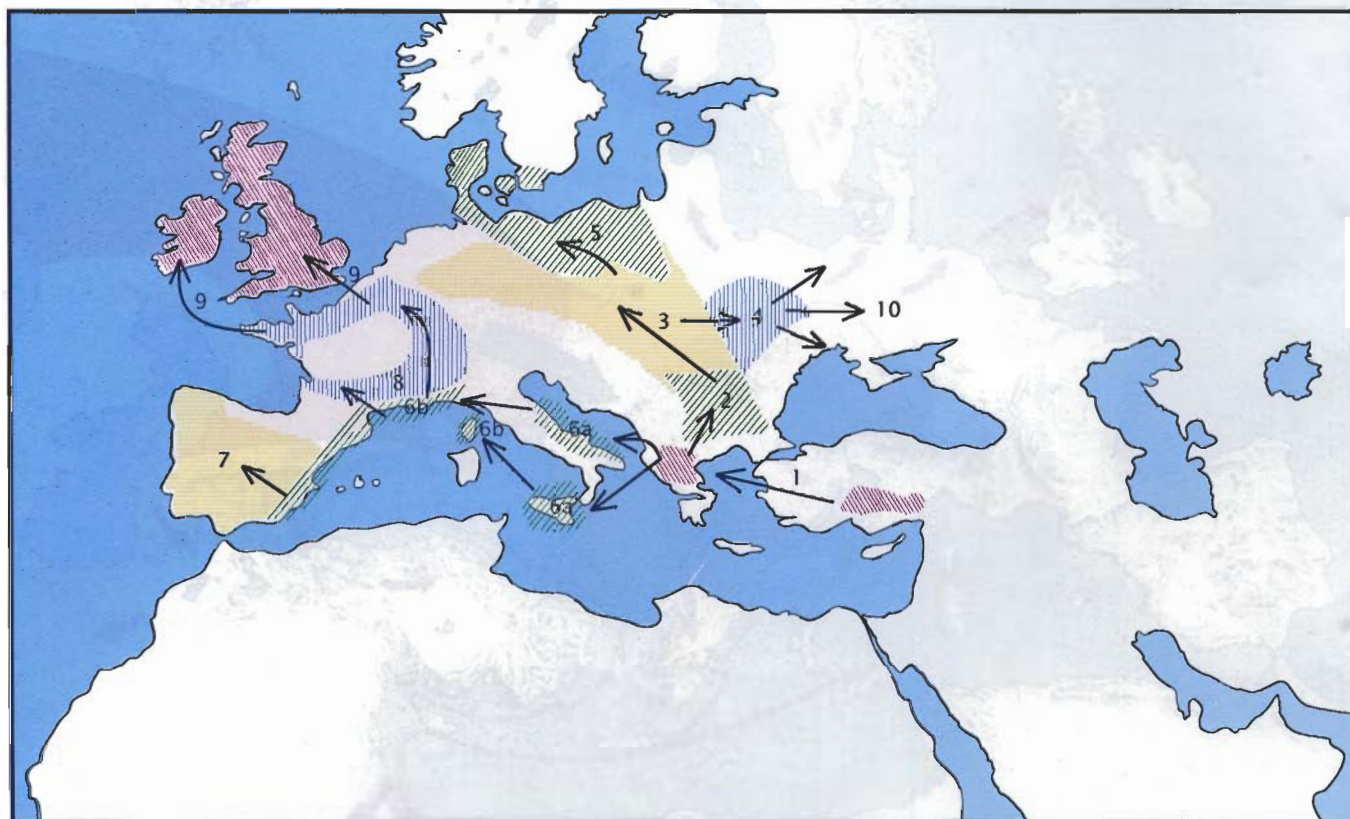
5. HIPOTETICA "INVASION KURGANA", que convierte a los indoeuropeos originarios en jinetes guerreros que habrían salido de su territorio natal, situado al norte del mar Negro (color rojo) a comienzos del cuarto milenio a.J.C. El mapa está basado en un dibujo de Marija Gimbutas, de la Uni-

versidad de California en Los Angeles. La primera oleada de invasiones, según este modelo, llevó a los guerreros a Grecia allá por los años 3500 a.J.C. Desde allí se desparramaron hacia el norte y hacia el sur; las flechas rojas muestran sus movimientos después del año 2500 a.J.C. aproximadamente.



6. **DIFUSION DE LA AGRICULTURA** por Europa desde su zona originaria en el Oriente Próximo; se produjo durante algo más de 2000 años. En el mapa se indican los sitios en que se han hallado restos de los granos que solían

cultivar aquellos primeros labriegos. En Grecia se empezaron a recolectar cereales entre los años 6000 y 5000 a.J.C. Unos 1000 años después los cultivos cerealistas se fueron extendiendo por lo que son hoy Alemania y Polonia.



7. **ESTA SECUENCIA** de las transformaciones lingüísticas ha sido propuesta por el autor como paralela a la difusión de la agricultura; cada transformación se indica con un número. La transformación inicial (1) fue la del paso de la más temprana cultura agrícola de Anatolia, tierra natal del lenguaje

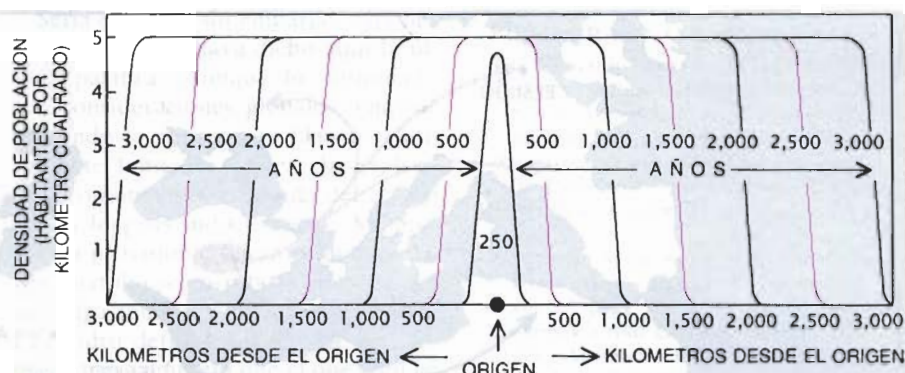
proto-indoeuropeo, a la de la Grecia central, donde aquel lenguaje ancestral posteriormente se convirtió en el griego. Cada transformación posterior a ésta inicial conllevó, a su vez, la subsiguiente formación de una nueva lengua o de un nuevo grupo de lenguas. (Recreación realizada por Johnny Johnson.)

oleada que avanzase a la velocidad media de un kilómetro al año. A este ritmo se requerían unos 1500 años para que la economía agrícola llegara desde Anatolia hasta el norte de Europa, lo cual se corresponde perfectamente con los datos arqueológicos disponibles.

Por descontado que ningún modelo basta por sí solo para describir adecuadamente un proceso social tan complejo como el de la llegada de la agricultura a Europa. La diversidad de suelos y de climas, entre otras condiciones, implican que la realidad diferirá del modelo en aspectos importantes. Además, el de la ola en avance no es, ni mucho menos, el único modelo que se pueda aplicar, como lo han señalado el arqueólogo Marek Zvelebil, de la Universidad de Sheffield, y su padre Kamil Zvelebil, lingüista de origen checo que vive actualmente en Holanda. Si la población local de cazadores-recolectores hubiese adoptado la agricultura de sus vecinos, la difusión de la agricultura podría haberse producido algo más lentamente y sin remplazo lingüístico, ya que los cultivadores serían los nativos con su nueva economía, en vez de unos advenedizos que hablasen su propia lengua, nueva para los indígenas.

La realidad sería, probablemente, una mezcla de estos dos procesos. La agricultura podría muy bien haber sido introducida en Grecia por gentes de fuera, y a continuación en los Balcanes, en Europa central y en la Italia meridional. En otras regiones, empero, la agricultura puede que haya sido adoptada por la población indígena, supuesto este que explicaría la anómala persistencia de varias lenguas no indoeuropeas. Una de ellas es el idioma vasco, que ha sobrevivido hasta hoy. Otra es la lengua etrusca, del centro de Italia, que sobrevivió hasta los tiempos de los romanos. Varias otras lenguas de incierta oriundez, entre ellas el ibero, arcaico idioma de España, y el picto, idioma precéltico de Escocia, son susceptibles de explicaciones similares.

Sean cuales fueren los detalles de la entrada de la agricultura en regiones particulares, el conjunto del proceso proporciona una coherente alternativa a la descripción convencional de cómo se introdujo en Europa la lengua indoeuropea. El nuevo cuadro se diferencia notoriamente del anterior. Sus inmigrantes procedían de Anatolia y no de las estepas euroasiáticas, y habrían llegado (hacia el 6500 a.J.C. aproximadamente) varios milenios antes de lo que se ha solido sugerir. Mi hipótesis implica también que los primeros habitantes indoeuropeos no eran guerre-



8. EL MODELO "OLA EN AVANCE", formulado por Albert J. Ammerman y Luca L. Cavalli-Sforza, de la Universidad de Stanford, representa los efectos del cultivo agrícola sobre la densidad de población. La agricultura puede sustentar a densidades mucho mayores que las economías de caza y recolección. En el proceso de introducción de la agricultura en nuevas regiones, hasta los menores movimientos de los jóvenes para apartarse de los campos de sus padres y roturar otros convirtiéndolos en sus nuevas fincas propias permiten que la agricultura se extienda por más y más territorios como una "ola que avanza". Estas curvas representan la densidad de la población en relación con el origen de la agricultura.

ros invasores que tuvieran una sociedad centralmente organizada, sino campesinos cuyas sociedades eran básicamente igualitarias y que en el curso de una generación quizá no se apartasen nunca más que unos pocos kilómetros del lugar en que habían nacido.

Esta hipótesis conlleva algunos roles significativos para la prehistoria de la región esteparia de Rusia y para la prehistoria europea en general. Ciertamente, mi modelo invertiría la dirección que a la influencia entre las estepas y la Europa de occidente le trazaran Childe y Gimbutas. Según la nueva hipótesis, sería lo lógico que la agricultura y la primitiva lengua indoeuropea llegaran a las estepas rusas desde occidente, y no el proceso inverso. Y hay indicios en Ucrania de arcaicos asentamientos o poblados de agricultores con trigo y cebada importados, casi con certeza, de occidente: de los Balcanes, adonde el cultivo de cereales había llegado ya de Anatolia vía Grecia. Por consiguiente, los primeros que hablaron el proto-indoeuropeo en la región de las estepas es probable que se comunicaran en una lengua de origen anatólio y que había pasado ya a través de Grecia y de los Balcanes antes de arribar a los territorios situados al norte del mar Negro.

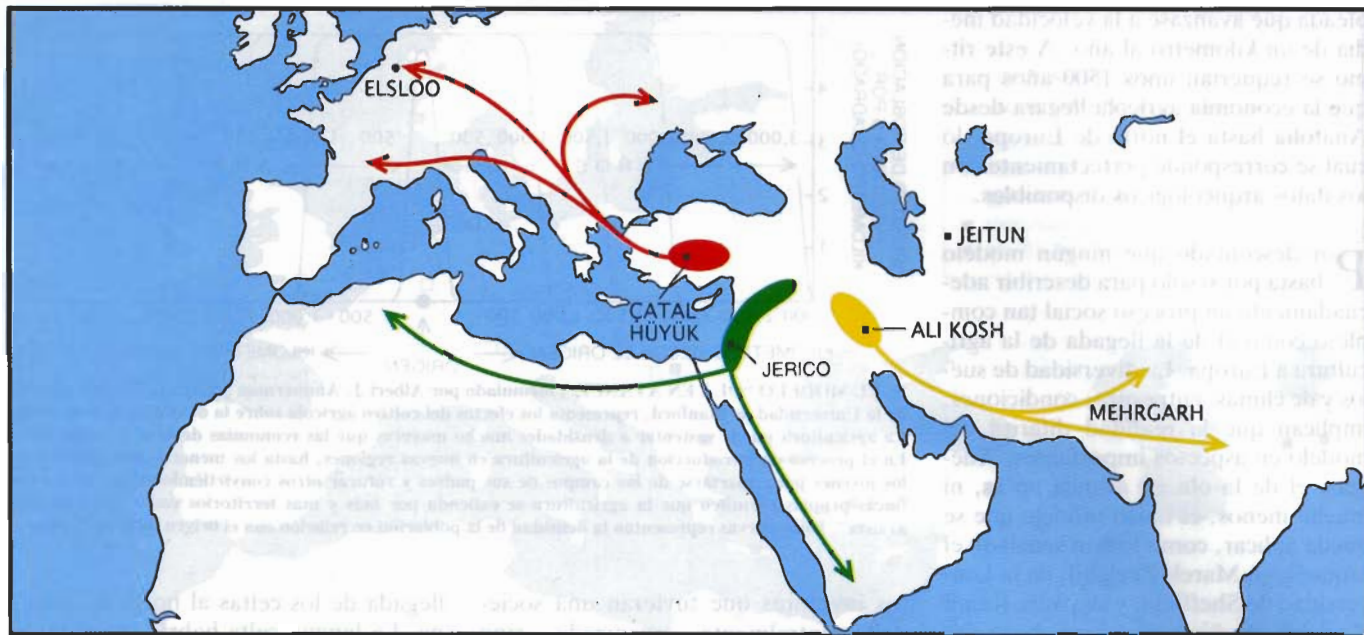
En un sentido más general, si la venida del indoeuropeo a Europa la retrasamos hasta el 6500 a.J.C., la prehistoria europea mostraría una continuidad bastante superior de lo que se había creído. No se dio una brusca discontinuidad a principios de la edad de Bronce, representada por "la llegada de los Indoeuropeos", como se explica en muchos manuales de prehistoria. Tampoco se asistió a una brusca discontinuidad en la edad del Hierro, que tantos consideran representada por la

llegada de los celtas al norte de Europa. La lengua celta habría evolucionado en la Europa occidental, derivándose de raíces indoeuropeas. En vez de un grupo extraño eliminado por los indoeuropeos, las gentes que construyeron Stonehenge y los demás grandes monumentos megalíticos de Europa serían indoeuropeos que hablaban una forma de la lengua indoeuropea de la que descienden las lenguas celtas.

Con esta perspectiva, la primitiva historia de Europa aparece en su conjunto como una serie de transformaciones y adaptaciones evolutivas a partir de un lenguaje indoeuropeo, común y base, al que se sumaron las aportaciones de unos pocos lenguajes supervivientes no indoeuropeos. La sucesión de los acontecimientos no se hilvanaría con migraciones venidas de fuera, sino mediante una serie de complejas interacciones dentro de una Europa que era ya fundamentalmente agrícola en economía e indoeuropea en lengua.

Hasta aquí he centrado la atención en Europa, pero la hipótesis de que la difusión del lenguaje va vinculada a la diseminación de la agricultura tiene implicaciones que rebasan con mucho los límites de este continente. Los datos arqueológicos muestran que no fue Anatolia la única región del globo donde tuvo lugar la más antigua domesticación. La zona en que se originó la agricultura comprendía por lo menos otras dos regiones más o menos cerradas e independientes: la de Levante, faja de unos 50 a 100 kilómetros de anchura que orlaba las costas mediterráneas de lo que hoy es Jordania, Líbano, Siria e Israel, y la región de Zagros, en los actuales Irak e Irán [figura 9].

Dado que el modelo demodifusivo de "ola en avance" se basa principalmente en la capacidad de la agricultura para incrementar la densidad de pobla-



9. EN LA ZONA EN QUE SE ORIGINO LA AGRICULTURA había tres "lóbulos" o núcleos, desde cada uno de los cuales se difundió una gran familia de lenguas: el de Anatolia, donde está Catal Hüyük, puede que fuese la cuna de las lenguas indoeuropeas; otro segundo lóbulo, en el que se incluye Jerico, fue quizá la tierra patria de las lenguas de Egipto y del norte de Africa; y el

tercero, donde se encuentra Ali Kosh, tal vez fuese la región nativa de un grupo de lenguas de la India y del Pakistán que luego fueron reemplazadas por otras del grupo indoeuropeo. Elsloo, Jeitun y Mehrgarh son primitivos asentamientos de agricultores situados en estas tres grandes sendas de difusión. Las direcciones, aunque hipotéticas, se basan en la lingüística y la genética.

ción, sería de esperar que dondequiera que se originase la agricultura irradiara en derredor una oleada comparable a la de la difusión por Europa. En lo que concierne al Levante, el terreno exige que una tal ola se moviera por el sur hacia el interior de la península de Arabia y por el oeste a lo largo del norte de Africa. En el caso de la región de Zagros, la ola avanzaría probablemente hacia el sudeste y el este, internándose por Asia.

Ahora bien, hay múltiples pruebas de que la agricultura llegó a Africa, al norte del Sahara, no mucho después de haberse introducido en Europa. Me gustaría poder asegurar que llegó allí mediante un proceso demodifusivo idéntico al que tuvo lugar en Europa. Pero, ¿qué decir entonces del aspecto lingüístico de tal proceso? En gran parte del norte africano el grupo lingüístico dominante es el afroasiático, que incluye el egipcio antiguo y el bereber, así como el grupo de las lenguas semíticas, que a veces se piensa que tuvieron su origen en Arabia. Cabe dentro de lo posible, sin embargo, que todas estas lenguas se derivasen de una raíz proto-afroasiática formada en el sector levantino de la cuna de la agricultura.

Volviendo al tercer sector, a aquel cuya base es la región de Zagros, podría predecirse que la economía agrícola se iría propagando hacia el este por el sur del Irán para llegar hasta el Pakistán. En conexión con esto, conviene advertir que el lingüista David

McAlpin, de la Universidad de Londres, ha demostrado no hace mucho que el elamita, idioma que se sabe fue hablado en el antiguo reino de Elam (hoy parte del Kuzistán, en el suroeste del Irán) está emparentado con las lenguas dravídicas de la India. Tal vez la ola en avance hacia el sudeste llevase al antepasado común de los idiomas elamita y dravídicos a través de la India y del Pakistán. Posteriormente, el lenguaje proto-dravídico habría sido desplazado por las lenguas indoeuropeas que aún hoy se siguen hablando en la India.

Esta versión un tanto amplificada del modelo de "ola en avance" viene a situar muy próximos unos a otros, en el cercano Oriente de hace unos 10.000 años, los lenguajes ancestrales de los grupos indoeuropeo, afroasiático y dravídico. Aunque todavía hipotético, este cuadro está recibiendo un considerable apoyo de recientes trabajos lingüísticos y genéticos.

Hace ya más de 20 años, los lingüistas soviéticos Vladislav M. Illich-Svitych y Aron Dolgopolsky sostenían que cierto número de familias lingüísticas euroasiáticas, incluidas, entre otras, la indoeuropea, la afroasiática y la dravídica, estaban emparentadas y formaban una "superfamilia": la Nostrática. El reconocimiento de la existencia de superfamilias, que puede representar un gran salto adelante en la lingüística, es aún materia de controversia. De hecho, la obra de estos dos

especialistas soviéticos sólo ahora está empezando a ser conocida en Occidente. Es de notar, con todo, que también sugirieron que Anatolia podría ser la tierra de origen del proto-indoeuropeo. Dado que yo desconocía sus puntos de vista cuando fragué mi hipótesis, es sorprendente esta convergencia.

La convergencia de opiniones es reforzada por algunos descubrimientos genéticos realizados recientemente por el equipo de investigación de Cavalli-Sforza y por el de Allan C. Wilson, de la Universidad de California en Berkeley. Ambos equipos emplearon métodos estadísticos para analizar los grupos sanguíneos de las poblaciones actuales e inferir sus afinidades genéticas. Sacaron la conclusión de que hay una estrecha relación genética que vincula a los pueblos que hablan los idiomas afroasiáticos con los que hablan los indoeuropeos y con los que hablan los dravídicos, entre otros. Sus hallazgos están, pues, en armonía con la hipótesis de la superfamilia Nostrática y quizá también con la hipótesis de que la aparición de la agricultura guarda estrecha relación con la formación y la distribución de las lenguas actuales.

Dando un último paso atrás y adoptando el enfoque más global posible, la propuesta de que cabe hacer hipótesis lógicas acerca de los protolenguajes y los agrupamientos lingüísticos existentes nada menos que allá por el año 10.000 a.J.C., quizás abra finalmente la vía hacia una mejor comprensión del complejo fenómeno de la diversidad de

las lenguas humanas. La mayoría de los especialistas (aunque desde luego no todos) creen hoy que la capacidad de entenderse mediante el lenguaje que caracteriza a las poblaciones humanas emergió con el *Homo sapiens sapiens*, la forma anatómicamente moderna de nuestra especie. Nuevos descubrimientos logrados en Israel y en el sur de África parecen indicar que la transición evolutiva al *Homo sapiens sapiens* se produjo hace unos 100.000 años. No mucho después de aquellas fechas, la especie humana moderna se esparció, probablemente desde África, y fue poblando amplias extensiones del globo. Esta evolución biológica y esta dispersión constituyen el marco dentro del cual se han de explicar la capacidad humana del habla y la diversidad de las lenguas.

Sería erróneo, sin embargo, suponer que con esto se haya dicho aquí la última palabra. Aunque he terminado con consideraciones globales, empecé poniendo la mira en un blanco relativamente limitado: criticar la explicación comúnmente aceptada del origen de las lenguas indoeuropeas. Mi propuesta provisional de un primitivo origen anatolio se corrobora en recientes investigaciones lingüísticas y genéticas. El cuadro definitivo habrá de ser, sin duda, más complejo que el que aquí he esbozado, contendrá varios episodios históricos y reflejará diferentes modelos teóricos. Me atrevo a predecir, con todo, que, cuando se consiga una comprensión más completa, la difusión de la agricultura por Europa a partir de Anatolia constituirá una parte importante del relato.

BIBLIOGRAFIA COMPLEMENTARIA

- THE NEOLITHIC TRANSITION AND THE GENETICS OF POPULATIONS IN EUROPE. Albert J. Ammerman y L. L. Cavalli-Sforza, Princeton University Press, 1984.
- ARCHAEOLOGY AND LANGUAGE: THE PUZZLE OF INDO-EUROPEAN ORIGINS. A. Colin Renfrew. Cambridge University Press, 1988.
- NOSTRATIC. Mark Kaiser y V. Shevoroshkin in *Annual Review of Anthropology*, vol. 17, págs. 309-329; 1988.
- RECONSTRUCTING LANGUAGES AND CULTURES: ABSTRACTS AND MATERIALS FROM THE FIRST INTERNATIONAL INTERDISCIPLINARY SYMPOSIUM ON LANGUAGE AND PREHISTORY, ANN ARBOR, NOVEMBER 8-12, 1988. Dirigido por Vitaly Shevoroshkin. Studienverlag Dr. Norbert Brockmeier, 1989.
- IN SEARCH OF THE INDO-EUROPEANS: LANGUAGE, ARCHAEOLOGY AND MYTH. J. P. Mallory. Thames and Hudson, 1989.